

YOSTON FERRIGNI VALERA, *EL LABERINTO DEL PROGRESO. PROBLEMAS Y ESTRATEGIAS DE LA ECONOMÍA EN VENEZUELA, 1810-1858, CARACAS, FUNDACIÓN BANCARIBE, 2014, 398 PP.*

Tomás Straka
tstraka@ucab.edu.ve
ORCID: 0000-0001-8252-8033

El profesor Yoston Ferrigni Valera se ha propuesto delinear una *teoría del atraso* con base en el estudio de la historia económica de Venezuela en la primera mitad del siglo XIX. El esfuerzo, de por sí importante desde el punto de vista académico, puede sonar a erudita tesis de doctorado o a soporífero trabajo de ascenso si no fuera porque dos noticias que recorren el mundo nos demuestran su urgencia y actualidad. En efecto, termino la última página del tratado cuando se anuncia el triunfo del “No” en el referéndum de Grecia y las agencias de noticias empiezan a reflejar la bancarrota del gobierno de Puerto Rico. No es posible, para cuando escribo estas líneas, saber el desenlace de ambos procesos ni su estado de desarrollo para el momento en que esta nota llegue hasta los lectores, pero en ambos casos apuntan hacia una situación vivida por lo venezolanos, al menos por un sector de su sociedad, doscientos años atrás y que está en el centro del problema que inquieta al profesor Ferrigni Valera: ¿de qué manera dejar atrás eso que en el siglo XIX llamaban *atraso* para encaminarnos hacia la prosperidad? ¿Qué rol puede y debe jugar el mercado en esto?

Como los griegos que se acaban de plantar ante el Banco Central Europeo, aún no sabemos si para su bien o para su mal, y como empiezan a debatir algunos puertorriqueños, el sector de la elite venezolana que desde 1810 asumió la conducción de su país, se basó en una idea determinada de la naturaleza de los procesos económicos para concluir que la administración extranjera se oponía a su libre desenvolvimiento, causando la pobreza y el *atraso* general del país. Es una idea que tendrá diversas caras y producirá diversas respuestas en dos siglos, pero que en su esqueleto ha manifestado esta convicción. En tal sentido, como nos recuerda Ferrigni Varela, “desatar las *fuerzas matrices de la economía*,

cautivas durante el período colonial, propiciar la articulación armónica con la economía internacional y dejar que la dinámica espontánea encaminara a la sociedad venezolana hacia la riqueza y el progreso” (p. 293) fue lo que en términos económicos se propusieron los repúblicos de 1811 y lo que seguiría proponiéndose la elite en lo subsiguientes. Si estábamos atrasados, era porque las dinámicas naturales que rigen la economía estaban obstruidas por todas partes y era necesario, por lo tanto, liberarlas. Tal fue, según el autor, la primera base de toda una línea de pensamiento sobre las razones de nuestro *atraso* que ha sido esencial en nuestra forma de vernos como nación y de planearnos hacia el futuro.

En efecto, reflexionar sobre este asunto “permite apreciar, con no pocas sorpresas, la dimensión de presente que tienen los problemas del subdesarrollo, sus explicaciones y muchas de las fórmulas” llevadas adelante para conquistar durante estos últimos dos siglos “la *civilizada riqueza del mundo anglosajón*, o en términos de nuestro tiempo, para transitar desde el *subdesarrollo* al *desarrollo*” (pp. 11 y 15). Es, como vemos, un problema de gran envergadura, por el que ha trajinado la mayor parte del mundo desde los procesos de descolonización de la posguerra y que en la actualidad está en el centro de los debates en torno a la globalización. Y es, también, un problema que en los países latinoamericanos se planteó desde mucho antes, acaso primero que en cualquier otra parte del planeta. Como quiera que fuimos las primeras naciones no-europeas que se plantearon convertirse en modernos estados *europeos* por sus instituciones, su economía y sus valores socioculturales, y que, al mismo tiempo, también fuimos las primeras en fracasar en eso, o al menos en tener enormes dificultades para lograrlo, también preguntamos antes que nadie porqué nosotros no podíamos hacer lo que en el viejo mundo aparentemente había salido muy bien. Esto, obviamente, tiene sus matices. Antes que nada, por ejemplo, se podrá decir que Estados Unidos, la gran inspiración de los criollos independentistas, demostró que sí era posible reproducir a la Europa moderna fuera de Europa (como después lo harían Australia y Canadá), por lo que a la afirmación de que fuimos las “primeras naciones no-europeas” hay que agregar una aclaratoria: las primeras sin la preexistencia de una economía capitalista y de una sociedad moderna. En segundo lugar, ni el fracaso ha sido total, ni puede negarse todo lo avanzado. Para inicios del siglo XXI el panorama latinoamericano es más bien alentador en cuanto a sus avances en la conquista de la libertad y el avance del

bienestar para las mayorías (por mucho que los venezolanos seamos, en ese contexto, la excepción).

En todo caso, el punto es que desde que las cosas comenzaron a resultar más difíciles de lo que pensaron los Padres de la Patria, ya en la década de 1820, se han desarrollado muchas ideas para abonar a la *teoría del atraso*: el peso de la herencia católico-española, el estigma del mestizaje, la calamidad de ser tropicales (en los países que lo somos), las cadenas del imperialismo financiero, la dependencia y muchas más. Ferrigni Varela se centra sólo en las ideas económicas de los primeros dos o tres grandes períodos de la vida independiente venezolano, esos que incluyen los primeros ensayos republicanos en Venezuela (1810-1819), la llamada Gran Colombia (1819-1830) y la república oligárquica que se extiende de la secesión de Colombia al colapso institucional que da paso a la Guerra Federal. Parte de la evidencia de que los venezolanos de aquel período estaban imbuidos en la idea de *progreso* como ley suprema de la sociedad. En consecuencia, concluyeron, sólo había que dejar que esos mecanismos indefectibles y naturales que llevaban a la sociedad a ser prósperas y felices actuaran libremente, al contrario de lo implementado por España con su montón de impuestos y regulaciones. Es lo que evidentemente habían hecho los ingleses y los norteamericanos (en realidad no era tan así en aquellos días de las *CornLaws* del *American System*, más allá de que en ambos casos la libertad económica era mucho mayor que la española) y era, en consecuencia, lo que teníamos que hacer. Es decir, el *laissez faire* y el *laissez passer* más radicales. De hecho, fue lo que hicimos desmontando los controles coloniales desde 1811 (cuando se proclama la libertad de industria), llegando a su punto más alta durante la década de 1830.

El problema, no obstante, es que no lo conseguimos: quisimos desatar la ley del progreso entre nosotros, de hecho lo hicimos con casi todo lo que teníamos a la mano y no progresamos o lo hicimos demasiado poco. La historia de las ideas en Venezuela demuestra hasta qué punto esto generó angustias entre los venezolanos, que rápidamente comenzamos a solicitar intervención estatal (Antonio Leocadio Guzmán y el resto del Partido Liberal a partir de 1840), o cierta moderación cristiana en la aplicación de las medidas (Fermín Toro o Ramón Ramírez). Al final, se impuso una combinación de intervención del Estado con

inversión extranjera a ver si de ese modo salíamos del atraso. El largo período que abarca el guzmancismo y el gomecismo (1870-1935), fue un ejemplo de ello, con un balance que aún genera polémica, pero que no debe confundirnos en un aspecto: no se renunció nunca a la convicción en el progreso ni en la confianza en la libertad económica para alcanzarlo. La intervención estatal tenía sólo el objeto de facilitar los negocios de los actores económicos, pero el progreso dependería básicamente de su iniciativa individual.

Si embargo esto ya escapa del estudio de Ferrigni Varela, que se detiene en 1858. De hecho, ni adelanta proyecciones ni se dedica a redondear sus tesis histórico-historiográficas. En un giro que puede generar dudas sobre el ensamblaje y el objetivo de la obra, en este punto deja de ser un tratado de historia de las ideas para convertirse en una teorización propia sobre las razones por las que el liberalismo no surtió el efecto esperado. Es decir, el autor deja de analizar el *pensamiento sobre el atraso* de los venezolanos del siglo XIX para explicar por qué estuvieron errados y así, poco a poco, exponer su propio pensamiento al respecto. “Ni el concepto de la ley natural como motor de la historia, ni la idea del progreso como ley suprema de la sociedad, tenían solidez teórica” (p. 304). Es algo en lo que coinciden casi todos los científicos sociales de la actualidad, pero en este caso la crítica al historicismo (de eso es de lo que se trata) no conduce a ideas liberales, como suele ocurrir con los críticos al historicismo, sino, en alguna medida, a la crítica del liberalismo, al menos como era entendido en las primeras décadas del siglo XIX. “La crisis mostró que la marcha de la economía implicaba fluctuaciones que no dependían del comportamiento de los factores domésticos de la economía, sino que obedecían a la compleja y cambiante dinámica del mercado internacional. *Expansión y contracción* se convirtieron, así, en ciclos espasmódicos que se alternaban de manera recurrente” (p. 306). En este sentido, había que “descubrir la vulnerabilidad que se desprendía del carácter monoprodutor de la economía venezolana; las implicaciones que se derivaban de su alta dependencia de las exportaciones agrícolas y de la capacidad para asimilar, sin conmociones domésticas, los vaivenes de un solo producto en el mercado internacional” (pp. 307-308). Pero hay más: “la estrategia de crecimiento económico descansaba sobre otro equívoco: los preceptos del liberalismo, el *librecambismo* y el *laissez faire*, no habían alcanzado vigencia plena en el mercado internacional y ni siquiera se habían impuesto

como regla dominante en la Gran Bretaña, santuario de la doctrina liberal. Su validez comprobada, pues, no era cierta” (p. 308). El ejemplo del impuesto sobre el café establecido por los ingleses en 1840, y que produjo problemas diplomáticos porque violaba los acuerdos comerciales de reciprocidad entre los dos países, demostró que las normas estaban lejos de ser de perfecta igualdad en el mercado.

En cualquier caso, el sentido histórico le indicaría a un historiador que la dirigencia venezolana no contaba con los apertores teóricos para enfrentarse a esa realidad. Además, como ya se dijo, tan rápido como en la década de 1840 hubo sectores que comenzaron a hacerle observaciones al estricto cumplimiento del *laissez faire*. Tal vez una de las debilidades de la argumentación del autor es que demuestra las falencias del historicismo de aquellos venezolanos, pero no termina de sustraerse del mismo. Aunque es cierto que las ideas de *progreso* y *atraso* tienen equivalentes contemporáneos en *desarrollo* y *subdesarrollo*, también lo es que no significan exactamente lo mismo. Las primeras expresaban una visión de la historia regida por leyes más o menos indefectibles, con una dirección clara y lineal, que permitían ver, una vez que se tenía el mapa general del sentido de la historia (y entonces hombres como Hegel, Comte, Spencer o Marx creían tenerlo) quién estaba *avanzado* y quién *atrasado* en esa carrera hacia el progreso. Si Ferrigni Varela no comparte esta visión, al menos no fue enfático en aclararlo y parece aceptar las categorías de *atraso* y de *progreso* sin mayores reservas. Del mismo modo, para un historiador probablemente haya otra debilidad en que recurre a una evidencia documental muy limitada para la amplitud de las conclusiones que llega, así como a un respaldo historiográfico que, cuando menos, requeriría de actualización. Trabajos esenciales sobre el tema de Elías Pino Iturrieta o Catalina Banko no aparecen consignados en la bibliografía, cosa que sorprende a cualquiera que se haya adentrado un poco en el tema y que tal vez en términos historiográficos sería difícil de excusar. De Pino Iturrieta, por ejemplo, cita uno de sus libros pero justo deja por fuera a los dos que se dedican a estudiar el mismo problema que trata, es decir, el pensamiento liberal venezolano de 1830 a 1858.

Pero lo anterior no desdice del aporte fundamental del estudio: una visión panorámica de las certezas sobre la que se basó nuestras políticas económicas por un siglo, y de las estrategias que se implementaron para llevarla adelante. Además, el libro cuenta con un apéndice estadístico que es en sí mismo un aporte. Y todo eso sin contar con que plantea un problema cuya vigencia queda plenamente comprobada con las bancarrotas de Grecia y Puerto Rico y con la situación precaria que padecemos los venezolanos, en cuyos tres casos la disyuntiva entre más o menos mercado para salir del *atraso* está en el centro del debate, en unos sitios porque tal vez se le ha obedecido mucho, y otros porque tercamente no se le quiere oír.